



Ya llegan.

Y yo no estoy preparado.

¿Cómo iba a estarlo?

Soy un profesor nuevo, y estoy aprendiendo con la práctica.

El primer día de mi carrera profesional como enseñante estuvieron a punto de despedirme por haberme comido el bocadillo de un chico de secundaria. El segundo día estuvieron a punto de despedirme por haber mencionado la posibilidad de mantener relaciones amistosas con una oveja. Aparte de esto, en los cerca de treinta años que pasé en las aulas de secundaria de Nueva York no pasó nada extraordinario. Yo dudaba a menudo de si debía estar allí siquiera. Al final me preguntaba cómo había aguantado tanto.

Estamos en marzo de 1958. Estoy sentado tras mi mesa en un aula vacía del Instituto de Formación Profesional y Técnico McKee, en el distrito de Staten Island, de la ciudad de Nueva York. Jugueteo con los instrumentos de mi nuevo oficio: cinco carpetas de papel fuerte, una para cada clase; un manojito de anillas de goma que se deshacen; un bloc de papel marrón, fabricado en tiempo de guerra

y salpicado de motas de los ingredientes con que lo hicieron; un borrador de pizarra desgastado; un taco de fichas blancas que introduciré, por filas, en las ranuras de este archivador rojo descabalado para que me ayuden a recordar los nombres de ciento sesenta y tantos chicos y chicas que se sentarán en filas todos los días, en cinco clases diferentes. En las fichas anotaré sus faltas de asistencia y sus retrasos, y haré pequeñas marcas cuando los chicos y las chicas hagan cosas malas. Me dicen que debo tener un bolígrafo rojo para las cosas malas, pero el centro no me ha proporcionado ninguno, y ahora tengo que pedir uno con un impreso o comprarlo en una tienda, porque el bolígrafo rojo para anotar las cosas malas es el arma más poderosa del profesor. Hay muchas cosas que tendré que comprar en una tienda. En la América de Eisenhower hay prosperidad, pero ésta no llega a los centros de enseñanza, al menos a los profesores nuevos que necesitan materiales para sus clases. Hay una nota de un director adjunto encargado de la administración que recuerda a todos los profesores las estrecheces de las arcas municipales y pide encarecidamente que se utilicen estos suministros con moderación. Esta mañana tengo que tomar decisiones. El timbre sonará dentro de un momento. Ellos entrarán en tropel y ¿qué dirán si me ven sentado tras la mesa? «Eh, mirad. Se esconde.» Son expertos en profesores. Si te sientas tras la mesa das a entender que tienes miedo o que eres perezoso. Te estás sirviendo de la mesa como de una barrera. Es mejor ponerte de pie y salir al frente. Planta cara. Sé hombre. Si cometes un solo error en tu primer día, tardarás meses en recuperarte.

Los chicos que llegan son alumnos de segundo de secundaria, tienen dieciséis años, llevan once años en la escuela, desde el jardín de infancia hasta hoy. Así que han visto pasar profesores de todo tipo, viejos, jóvenes, duros, amables. Los chicos observan, escrutinan, juzgan. Entienden el lenguaje corporal, el tono de voz, el semblante en general. Tampoco es que se sienten en corrillos en los servicios o los comedores para comentar estas cosas. Simplemente, las han ido absorbiendo a lo largo de once años, las pasan a las generaciones siguientes. «Ojo con la señorita Boyd», dicen. «Deberes, chico, deberes...», y los corrige. Los corrige. Como no está casada, no tiene otra cosa que hacer. Procura siempre tener profesoras casadas, con hijos. Ésas no tienen tiempo para sentarse con papeles y libros. Si a la

señorita Boyd se la tiraran con regularidad, no mandaría tantos deberes. Se queda allí sentada, en su casa, con su gato, oyendo música clásica, corrigiendo nuestros deberes, fastidiándonos. Otros profesores no son así. Te mandan un montón de deberes, comprueban si los has entregado, ni siquiera los miran. Les puedes copiar una página de la Biblia, y ellos te escriben en lo alto de la página: “Muy bien.” La señorita Boyd no es así. Te pillá al momento. “Perdona, Charlie, ¿esto lo has escrito tú mismo?” Y tienes que reconocer que no, que no lo has escrito tú, y ya la has cagado, hombre.»

Llegar temprano es un error; te deja demasiado tiempo para pensar en lo que te espera. ¿De dónde he sacado yo el valor de creermecapaz de poder con los adolescentes americanos? Ha sido por ignorancia. Por eso he tenido el valor. Es la era de Eisenhower, y los periódicos hablan del gran descontento de los adolescentes americanos. Son «los hijos perdidos de los hijos perdidos de la generación perdida». Las películas, los musicales, los libros, nos hablan de su descontento: *Rebelde sin causa*, *Rebelión en las aulas*, *West Side Story*, *El guardián entre el centeno*. Sueltan discursos desesperados. La vida no tiene sentido. Todos los adultos son unos farsantes. ¿De qué sirve la vida, en todo caso? No tienen ninguna ilusión por el futuro, ni siquiera una guerra propia en la que puedan matar a indígenas en lugares remotos para luego desfilar por Broadway bajo una lluvia de serpentinas, con medallas y cojeras que despierten la admiración de las chicas. De nada les sirve quejarse a sus padres, que acaban de hacer una guerra, ni a sus madres, que esperaban a los padres mientras éstos hacían la guerra. Los padres dicen: «A callar. Déjame en paz. Tengo una libra de metralla en el culo, y no estoy para que me vengas a chingar y lloriquear tú, con la tripa llena y el armario abarrotado de ropa. Caray, cuando yo tenía tu edad iba a trabajar a un desguace, antes de pasar a trabajar en los muelles para poder mandarte a la escuela, desgraciado. Vete a reventarte las condenadas espinillas y déjame leer el periódico.»

Hay tanto descontento entre los adolescentes, que forman bandas y tienen peleas con otras bandas; no se trata de escaramuzas como las que se ven en las películas, con amores imposibles y fondo de música dramática, sino peleas rabiosas en las que se gruñen e insultan mutuamente, en las que los italianos, los negros, los irlande-

ses y los puertorriqueños se atacan con cuchillos, cadenas, bates de béisbol, en Central Park y Prospect Park y manchan la hierba con su sangre, que siempre es roja, venga de donde venga. Y si hay una muerte, la opinión pública se indigna y se lanzan acusaciones de que estas cosas tan terribles no pasarían si los centros de enseñanza y los profesores estuvieran haciendo su trabajo como es debido. Hay patriotas que dicen: «Si estos chicos tienen tiempo y energía para luchar entre sí, ¿por qué no podemos enviarlos al extranjero a luchar contra los malditos comunistas, y así arreglamos el problema de una vez para todas?»

Muchos consideraban los institutos de formación profesional como vertederos para arrojar en ellos a los estudiantes que no estaban capacitados para asistir a los institutos de enseñanza secundaria. Eso era esnobismo. Al público no le importaba que miles de jóvenes quisieran ser mecánicos de automóviles, esteticistas, torneros, electricistas, fontaneros, carpinteros. No querían perder el tiempo con la Reforma, la Guerra de 1812, Walt Whitman, la apreciación artística, la vida sexual de la mosca de la fruta.

Pero, hombre, si hay que hacerlo, lo haremos. Nos sentaremos en esas clases que no tienen nada que ver con nuestras vidas. Trabajaremos en nuestros talleres, donde aprendemos lo que es el mundo real, e intentaremos ser amables con los profesores y salir de aquí al cabo de cuatro años.

Ya están aquí. La puerta da un golpe contra la repisa de la pizarra, levanta una nube de polvo de tiza. Entrar en un aula es toda una operación. ¿No podrían entrar tranquilamente en el aula, dar los buenos días y sentarse? Oh, no. Tienen que darse empujones y codazos. Uno dice «eh» con tono de amenaza humorística, y otro le replica «eh». Se insultan mutuamente, no prestan atención al timbre que anuncia el principio de la clase, tardan lo suyo en sentarse. «Qué bien, nena, mira, ahí hay un profesor nuevo, y los profesores nuevos no saben una mierda. ¿Qué? ¿El timbre? ¿Profesor? Un tipo nuevo. ¿Quién es? ¿Qué mas da?» Hablan con amigos desde el otro extremo del aula, se repantigan en pupitres demasiado pequeños para ellos, estiran las piernas, se ríen si hacen tropezar a alguien. Miran

por la ventana, a la bandera estadounidense que está por encima de mi cabeza o a los retratos que pegó a las paredes la señorita Mudd, ya jubilada, retratos de Emerson, Thoreau, Whitman, Emily Dickinson y (¿cómo habrá venido a parar aquí?) de Ernest Hemingway. Es la portada de la revista *Life*, y esa foto está por todas partes. Graban sus iniciales con cortaplumas en los pupitres, declaraciones de amor con corazones y flechas junto a las tallas hechas hace mucho tiempo por sus padres y sus hermanos. Algunos pupitres viejos están tallados tan profundamente que puedes verte las rodillas por los agujeros donde había corazones y nombres. Las parejas se sientan juntas, cogidas de la mano, susurran y se miran a los ojos mientras tres chicos, apoyados en los armarios del fondo, cantan *doo-wop*, bajo, barítono y agudos, hombre, chascan los dedos, dicen al mundo que no son más que adolescentes enamorados.

Entran en el aula a empujones cinco veces al día. Cinco clases, de treinta a treinta y cinco en cada clase. ¿Adolescentes? En Irlanda los veíamos en las películas americanas, tristes, malhumorados, paseándose en coches, y nos preguntábamos por qué estaban tristes y malhumorados. Tenían comida, ropa y dinero, y aun así seguían hablando mal a sus padres. En Irlanda no había adolescentes, al menos en mi mundo. Eras niño. Ibas a la escuela hasta los catorce años. Si hablabas mal a tus padres, te daban tal sopapo en la jeta que te mandaban al otro lado de la habitación. Te hacías mayor, empezabas a trabajar de obrero, te casabas, te bebías tu pinta los viernes por la noche, esa misma noche te tirabas a tu mujer y la tenías preñada constantemente. A los pocos años emigrabas a Inglaterra para trabajar en la construcción o para alistarte en las fuerzas de Su Majestad y luchar por el Imperio.

El problema del bocadillo empezó cuando un chico llamado Petey dijo en voz alta:

—¿Alguien quiere un bocadillo de mortadela?

—¿Estás de broma? Tu madre debe de odiarte si te da bocadillos así.

Petey arrojó su bolsa de bocadillo de papel marrón al que lo había criticado, Andy, y toda la clase lo aclamó. Pelea, pelea, decían.

Pelea, pelea. La bolsa aterrizó en el suelo, entre la pizarra y el pupitre de Andy, en la primera fila.

Salí de detrás de mi mesa y proferí el primer sonido de mi carrera profesional como enseñante: «Eh.» Después de cuatro años de estudios superiores en la Universidad de Nueva York, lo único que se me ocurría decir era «eh».

Volví a decirlo. «Eh.»

No me hicieron caso. Estaban ocupados azuzando la pelea que serviría para matar el tiempo y para evitar que yo impartiera la clase que hubiera tenido pensado impartir. Me acerqué a Petey y dije mi primera frase como profesor: «Dejad de tirar bocadillos.» Petey y los demás dieron muestras de sorpresa. Este profesor, un profesor nuevo, acaba de detener una buena pelea. Se supone que los nuevos profesores no deben meterse en lo que no les importa, o que deben llamar al director o a un bedel, que tardan siglos en venir. Lo que significa que, mientras se les espera, se puede tener una buena pelea. Además, ¿qué se puede hacer con un profesor que te dice que dejes de tirar bocadillos cuando ya has tirado el bocadillo?

Benny dijo en voz alta desde el fondo del aula: «Oiga, profe, ya ha tirao el bocata. Para qué le dice ahora que no tire el bocata. El bocata ya está en el suelo.»

La clase rió. No hay en el mundo cosa más tonta que un profesor que te dice que no hagas una cosa cuando ya la has hecho. Un chico se cubrió la boca con la mano y dijo «Estúpido», y yo supe que lo decía por mí. Me dieron ganas de derribarlo de un golpe, pero aquello habría sido el fin de mi carrera docente. Además, la mano con que se cubría la boca era enorme, y el pupitre le venía pequeño.

Alguien dijo: «Eh, Benny, ¿es que eres abogado o algo así?», y la clase volvió a reírse. «Eso, eso», dijeron, y se pusieron a esperar mi reacción. ¿Qué hará este profesor nuevo?

Los profesores de pedagogía de la Universidad de Nueva York nunca hablaban en sus lecciones de cómo resolver las situaciones de bocadillos voladores. Hablaban de teorías y filosofías de la educación, de imperativos morales y éticos, de la necesidad de dirigirse a todo el niño, de la gestalt, nada menos, las necesidades

percibidas del niño, pero nunca de los momentos críticos en el aula.

¿Debo decir: «Eh, Petey, ven aquí y recoge este bocadillo, o te vas a enterar»? ¿Debo recogerlo yo mismo y tirarlo a la papelera, para mostrar mi desprecio hacia las personas que tiran bocadillos mientras millones de personas se mueren de hambre en todo el mundo?

Era preciso que reconocieran que ahí mandaba yo, que era un tipo duro, que no estaba dispuesto a aguantar sus chorradas.

El bocadillo, envuelto en papel de estraza, estaba casi fuera de la bolsa, y el aroma me indicó que ahí había algo más que mortadela. Lo recogí y lo saqué de su envoltorio. No era un bocadillo corriente, de esos en que se mete sin más el embutido entre dos rebanadas de insípido pan blanco americano. Aquél era un pan grueso y moreno, cocido en Brooklyn por una madre italiana, un pan lo bastante firme para sostener lonchas de una rica mortadela, guarnecida con lonchas de tomate, cebolla y pimientos, bañada en aceite de oliva y sazonada con un aderezo delicioso.

Me comí el bocadillo.

Ése fue mi primer acto de gestión del aula. Mi boca llena de bocadillo concitó la atención de la clase. Me miraron pasmados, treinta y cuatro chicos y chicas, de dieciséis años de edad media. Vi la admiración reflejada en sus ojos: era la primera vez en su vida que un profesor recogía un bocadillo del suelo y se lo comía delante de todo el mundo. El hombre del bocadillo. Cuando yo era niño, en Irlanda, admirábamos a un profesor que todos los días pelaba una manzana y se la comía, y premiaba a los niños buenos entregándoles la peladura. Estos chicos miraban cómo me resbalaba el aceite por la barbilla y me goteaba en la corbata de dos dólares de los almacenes Klein-on-the-square.

—Oiga, profesor, se ha comido mi bocadillo —dijo Petey.

—Cállate —le dijo la clase—. ¿No ves que el profesor está comiendo?

Me chupé los dedos. Dije «ñam», hice una bola con la bolsa y el papel de estraza y la tiré a la papelera. La clase me aclamó. «Uau», dijeron, y «Sí, nena», y «Ho-o-o-o-ombre». «¿Habéis visto? Se come el bocadillo. Acierta en la papelera. Uau.»

¿De manera que esto es enseñar? Sí, uau, me sentí como un campeón. Me había comido el bocadillo y había acertado en la papelera. Me sentí capaz de hacer cualquier cosa con esa clase. Me parecía que los tenía en un puño. Eso estaba bien, sólo que no sabía qué hacer a continuación. Yo estaba allí para enseñar, y me preguntaba cómo pasar de una situación de bocadillo a la ortografía o la gramática o la estructura del párrafo o a cualquier cosa relacionada con la materia que se suponía que yo iba a enseñar, Lengua Inglesa.

Mis alumnos siguieron sonriendo hasta que vieron la cara del director enmarcada en la ventanilla de la puerta. Las cejas pobladas subidas hasta la mitad de la frente indicaban interrogación. Abrió la puerta y me invitó a salir con un gesto.

—¿Hablamos un momento, señor McCourt?

Petey susurró:

—Oiga, señor, no se preocupe por el bocadillo. Yo no lo quería, de todas maneras.

La clase dijo «eso, eso» dando a entender que estarían de mi parte si tenía problemas con el director: fue mi primera experiencia de la solidaridad entre profesor y alumno. Aunque tus alumnos estuvieran perdiendo el tiempo y protestando en el aula, en cuanto aparecía un director o cualquier otra persona de fuera había una unidad inmediata, un frente unido.

Cuando salí al pasillo, me dijo:

—Estoy seguro de que entiende, señor McCourt, que no causa buena impresión que los profesores se coman el almuerzo a las nueve de la mañana, en el aula y delante de estos chicos y chicas. ¿Su primera experiencia como profesor, y usted opta por empezarla comiéndose un bocadillo? ¿Le parece un acto adecuado, joven? Aquí no tenemos esa costumbre, da mala impresión a los niños. Lo entiende, ¿verdad? Piense los problemas que tendríamos si los profesores lo dejaran todo y empezaran a comerse sus almuerzos en clase, sobre todo por la mañana, cuando todavía es hora de desayunar. Demasiados problemas tenemos con los chicos que toman bocados a escondidas durante las clases de la mañana, atrayendo cucarachas y diversos roedores. Se han expulsado ardillas de estas aulas, y no le digo nada de las ratas. Si no estuviésemos atentos, estos chicos y algunos profesores, sus colegas, joven, convertirían la escuela en un gran comedor.

Me dieron ganas de decirle la verdad sobre el bocadillo y lo bien que había llevado la situación, pero podría haber supuesto el fin de mi trabajo de profesor. Quise decirle: «Mire usted, no era mi almuerzo. Era el bocadillo de un chico que se lo tiró a otro chico, y yo lo recogí porque soy nuevo aquí y pasó esto en mi clase y en las asignaturas de la universidad no nos enseñaron nada sobre bocadillos, lanzamiento y recuperación de. Sé que me comí el bocadillo, pero lo hice por desesperación, o para enseñar a la clase una lección sobre el derroche y mostrarles quién mandaba allí, o, joder, me lo comí porque tenía hambre. Prometo que no lo volveré a hacer, por miedo a perder este buen trabajo, aunque ha de reconocer usted que la clase estaba callada. Si ésta es la manera de ganarse la atención de los chicos de un instituto de formación profesional, debería usted encargar un montón de bocadillos de mortadela para las cuatro clases que todavía me quedan hoy por delante.»

No dije nada.

El director dijo que había venido para ayudarme, porque, ja, ja, le había dado la impresión de que podía hacerme falta mucha ayuda.

—Reconozco que se ganó toda su atención —dijo—. De acuerdo; pero pruebe a conseguirlo de una manera menos aparatosa. Pruebe a enseñar. Para eso está aquí, joven. Para enseñar. Ahora tiene que recuperar el terreno perdido. Eso es todo. Nada de comer en clase, ni profesores ni alumnos.

Yo dije «Sí, señor», y él me invitó a entrar de nuevo en el aula con un gesto.

—¿Qué le ha dicho? —me preguntaron los alumnos.

—Me ha dicho que no debo almorzar en el aula a las nueve de la mañana.

—No estaba almorzando.

—Ya lo sé, pero me vio con el bocadillo y me dijo que no volviera a hacerlo.

—Hombre, eso es una injusticia.

—Le diré a mi madre que su bocadillo le ha gustado —dijo Petey—. Le diré que se ha metido usted en un buen lío por su bocadillo.

—Está bien, Petey, pero no le digas que lo tiraste.

—No, no. Me mataría. Es siciliana. Los de allí, de Sicilia, se acaloran mucho.

—Dile que era el bocadillo más rico que he comido en mi vida, Petey.

—Vale.

Mea culpa.

En vez de enseñar, les conté historias.

Lo que fuera, con tal de tenerlos callados y quietos en sus asientos.

Ellos creían que yo estaba enseñando.

Yo creía que estaba enseñando.

Estaba aprendiendo.

¿Y usted se consideraba profesor?

Yo no me consideraba nada. Era más que un profesor. Y menos. En el aula del instituto eres sargento instructor, rabino, paño de lágrimas, ordenancista, cantante, erudito de poca monta, administrativo, árbitro, payaso, consejero, controlador de vestuario, director de orquesta, apologista, filósofo, colaborador, bailarín de claqué, político, psicoterapeuta, bufón, guardia de tráfico, sacerdote, madre-padre-hermano-hermana-tío-tía, contable, crítico, psicólogo, el último asidero.

En el comedor de profesores, los veteranos me advertían:

—Hijo, no les cuentes nada de ti mismo. Son chicos, maldita sea. Tú eres el profesor. Tienes derecho a la intimidad. Ya conoces el juego, ¿no? Esos cabroncetes son diabólicos. No son, repito, no son tus aliados naturales. Cuando te dispones a enseñarles una lección de verdad sobre gramática o algo así, ellos se lo huelen y te salen al paso, muchacho. No los pierdas de vista. Esos chicos llevan años con esto, once o doce años, y ya les han encontrado las cosquillas a los profesores. Si piensas siquiera en la gramática o la ortografía, ellos se dan cuenta y levantan las manitas y adoptan esa expresión suya de interés y te preguntan qué juegos te gustaban de pequeño, o quién crees que va a ganar la condenada Serie Mundial. Ah, sí. Y tú caes en la trampa. Al cabo de un momento les estás soltando todo, y ellos se van a sus casas sin saber lo que es una oración gramatical ni de

lejos, pero contando tu vida a sus padres. Tampoco es que les importe. Ellos saldrán adelante, pero ¿en qué situación quedas tú? No podrás recuperar nunca los pedazos de tu vida que se les quedan en las cabecitas. Es tu vida, hombre. Es lo único que tienes. No les cuentas nada.

El consejo cayó en saco roto. Yo aprendí por prueba y error, y pagué el precio. Tuve que encontrar mi propia manera de ser hombre y profesor, y precisamente con eso estuve luchando durante los treinta años que frecuenté las aulas de Nueva York. Mis alumnos no sabían que allí delante tenían a un hombre que huía de una crisálida de historia irlandesa y catolicismo, dejando por todas partes pedazos de esa crisálida.

Mi vida me salvó la vida. En mi segundo día en el instituto McKee, un chico me hace una pregunta que me retrotrae al pasado, y que tiñe mi manera de enseñar durante los treinta años siguientes. Me envía de un empujón al pasado, a los materiales de mi vida.

—Eh, profe —dice en voz alta Joey Santos.

—No debes hablar en voz alta. Debes levantar la mano.

—Ya, ya —dijo Joey—, pero...

Tienen una manera de decir «ya, ya» que te da a entender que apenas te toleran. Con ese «ya, ya» te están diciendo: «Estamos procurando tener paciencia contigo, hombre, te estamos dando una oportunidad porque no eres más que un profesor nuevo.»

Joey levanta la mano.

—Oiga, profe.

—Llámame «señor McCourt».

—Sí. Vale. O sea, ¿es usted escocés o algo así?

Joey es el portavoz. En todas las clases hay uno, además del protestón, el payaso, el buenecito, la reina de belleza, el voluntario para todo, el atleta, el intelectual, el niño de mamá, el místico, el blandengue, el enamorado, el crítico, el pelmazo, el fanático religioso que ve pecados por todas partes, el meditabundo que se sienta al fondo mirando fijamente su pupitre, el santo que ve el bien en todas las criaturas. La misión del portavoz es hacer preguntas, preguntar lo que sea con tal que el profesor no imparta la

aburrida lección. Aunque soy un profesor nuevo, comprendo la táctica de perder tiempo de Joey. Es universal. Yo también la aplicaba en Irlanda. Era el portavoz de mi clase en la Escuela Nacional Leamy. El profesor escribía en la pizarra un problema de álgebra o una conjugación de irlandés y los chicos me susurraban:

—Pregúntale algo, McCourt. Distráelo de la maldita lección. Venga, venga.

Yo decía:

—Señor profesor, ¿tenían álgebra en Irlanda en los tiempos antiguos?

El señor O'Halloran me apreciaba, buen chico, letra clara, siempre educado y obediente. Dejaba la tiza y, al ver cómo se sentaba tras su mesa y la calma con que respondía, se advertía cuánto le agradaba librarse del álgebra y la sintaxis irlandesa. Decía:

—Muchachos, tenéis todo el derecho del mundo a estar orgullosos de vuestros antepasados. Mucho antes que los griegos, incluso que los egipcios, vuestros ancestros de esta tierra entrañable sabían captar los rayos del sol en lo más crudo del invierno y dirigirlos a las oscuras cámaras interiores durante unos momentos dorados. Conocían los movimientos de los cuerpos celestes, y eso los hacía llegar más allá del álgebra, más allá del cálculo infinitesimal, más allá, muchachos, oh... más allá del más allá.

A veces, en los días cálidos de primavera, se adormecía en su butaca y nosotros nos quedábamos en silencio, los cuarenta, esperando que despertara, sin atrevernos siquiera a salir del aula si seguía dormido cuando llegaba la hora de marcharse a casa.

—No. No soy escocés. Soy irlandés.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es irlandés? —pregunta Joey con aire de sinceridad.

—Irlandés es lo que viene de Irlanda.

—Como San Patricio, ¿verdad?

—Bueno, no, no exactamente.

Esto me lleva a contar la historia de San Patricio, lo que nos libra de la lección de Lengua Inglesa, tan a-b-u-r-r-i-d-a, lo que nos lleva a otras preguntas.

—Oiga, señor. ¿Allá en Irlanda todos hablan inglés?

—¿Qué deportes practicaban?

—¿Son todos católicos, ustedes los de Irlanda?

No consentas que se hagan los dueños del aula. Plántales cara. Muéstrales quién manda ahí. Si no eres firme, caes. No consentas chorradas. Diles: «Abrid los cuadernos. Es hora de la lista de palabras de ortografía.»

—Ay, profesor, ay. Dios, ay, hombre. Ortografía, ortografía, ortografía. ¿Es necesario? La lista de palabras de ortografía, tan a-b-u-r-r-i-d-a —suspiran. Fingen darse de cabezazos con los pupitres, hunden la cara entre los brazos cruzados. Suplican permiso para ir al servicio—. Tengo que ir. Tengo que ir. Hombre, habíamos creído que era usted un buen tipo, como es joven y todo eso. ¿Por qué todos estos profesores de Lengua Inglesa tienen que hacer lo mismo de siempre? Las mismas lecciones de ortografía de siempre, las mismas lecciones de vocabulario de siempre, la misma mierda de siempre, dicho sea con perdón. ¿No puede contarnos más cosas de Irlanda?

—Oiga, profé... —Joey de nuevo. El portavoz al rescate.

—Joey, ya te he dicho que me llamo señor McCourt, señor McCourt, señor McCourt.

—Ya, ya. Así que, señor, ¿salían ustedes con chicas en Irlanda?

—No, maldita sea. Con ovejas. Salíamos con ovejas. ¿Con qué te has creído que salíamos?

La clase estalla. Se ríen, se llevan las manos al pecho, se dan empujones y codazos, hacen como que se caen de sus pupitres. «Este profesor. Está loco, hombre. Qué cosas más graciosas dice. Sale con ovejas. Encerrad bien a vuestras ovejas.»

—Bien, abrid los cuadernos, por favor. Tenemos que dar una lista de ortografía.

Risas histéricas.

—¿Saldrán las ovejas en la lista? Ay, hombre.

Esa respuesta de listillo ha sido un error. Habrá problemas. El buenecito, el santo y el crítico darán parte, con toda seguridad: «Ay, mamá; ay, papá; ay, señor director, lo que ha dicho hoy el profesor en clase. Cosas feas sobre las ovejas.»

No estoy preparado, ni formado, ni dispuesto para hacer esto. Esto no es enseñar. No tiene nada que ver con la literatura inglesa, ni con la gramática, ni con la redacción. ¿Cuándo seré lo bastante

fuerte para entrar en el aula, ganarme su atención inmediatamente y ponerme a enseñar? En este instituto hay clases calladas y aplicadas en las que los profesores tienen el mando. En el comedor, los profesores mayores me dicen: «Sí, cuesta cinco años por lo menos.»

Al día siguiente, el director me hace llamar. Está sentado tras su escritorio, hablando por teléfono, fumándose un cigarrillo. Repite:

–Lo siento. No volverá a suceder. Hablaré con la persona en cuestión. Me temo que es un profesor nuevo.

Deja el teléfono.

–Ovejas. ¿Qué es eso de las ovejas?

–¿Ovejas?

–No sé qué voy a hacer con usted. He recibido una queja de que ha dicho «maldita sea» en clase. Ya sé que acaba de desembarcar, que viene de un país rural y que no sabe cómo funcionan las cosas aquí, pero debería tener algo de sentido común.

–No, señor. No acabo de desembarcar. Llevo aquí ocho años y medio, contando los dos que pasé en el ejército, y sin contar los de mi primera niñez en Brooklyn.

–Bueno, mire. Primero lo del bocadillo, ahora las ovejas. El condenado teléfono que no deja de sonar. Los padres, revolucionados. Yo tengo que cubrirme. Lleva usted dos días en el centro, y dos días que mete la pata. ¿Cómo se las arregla? Si me disculpa la expresión, tiene usted cierta tendencia a joderla. ¿Por qué demonios tuvo que decir a esos chicos lo de las ovejas?

–Lo siento. No dejaban de hacerme preguntas, y yo estaba exasperado. Lo único que hacían era procurar que no les diera la lista de palabras de ortografía.

–¿Eso es todo?

–En ese momento me pareció que lo de las ovejas tenía algo de gracia.

–Ah, sí, claro. Usted, allí plantado, propugnando el bestialismo. Trece padres exigiendo que lo despidan. Aquí en Staten Island hay gente recta.

–Estaba de broma, nada más.

–No, joven. Nada de bromas aquí. Las bromas tienen su momento y su lugar. Cuando dice algo en clase, lo toman en serio.

Usted es el profesor. Si dice que iba con ovejas, se lo tragan todo de pe a pa. No conocen las costumbres sexuales de los irlandeses.

—Lo siento.

—Lo dejaré pasar por esta vez. Diré a los padres que no es más que un inmigrante irlandés recién desembarcado.

—Pero si nació aquí...

—¿Quiere cerrar la boca un momento y escucharme mientras le salvo la vida? ¿Eh? Haré la vista gorda por esta vez. No voy a poner una nota en su expediente. No se imagina lo grave que es que le pongan una nota en su expediente. Si tiene la menor ambición de ascender dentro de este sistema, director, director adjunto, tutor, la nota en el expediente lo frenará. Es el principio de una larga caída.

—Señor, yo no quiero ser director. Lo único que quiero es enseñar.

—Sí, sí. Eso dicen todos. Ya lo superará. Estos chicos le harán encanecer antes de que cumpla los treinta.

Estaba claro que yo no estaba cortado para ser un profesor de esos decididos, que hacían caso omiso de todas las preguntas, peticiones, quejas, para seguir adelante con la lección bien planificada. Eso me habría recordado a aquella escuela de Limerick donde la lección era rey y nosotros no éramos nadie. Yo soñaba con una escuela donde los profesores fueran guías y mentores, en vez de capataces. No tenía ninguna filosofía de la educación concreta, salvo el hecho de que me sentía incómodo con los burócratas, con los de arriba, que habían huido de las aulas sólo para volverse contra los ocupantes de esas aulas, profesores y alumnos, y fastidiarlos. Nunca quise rellenar sus impresos, seguir sus directrices, administrar sus exámenes, tolerar sus intromisiones, ceñirme a sus programas ni a sus planes de estudios.

Si un director hubiera dicho alguna vez: «La clase es suya, profesor. Haga con ella lo que quiera», yo habría dicho a mis alumnos:

—Retirad las sillas. Sentaos en el suelo. Echaos a dormir.

—¿Qué?

—He dicho que os echéis a dormir.

—¿Por qué?

—Deducidlo vosotros mismos mientras estéis acostados en el suelo.

Se tumbarían en el suelo, y algunos se irían quedando dormidos. Habría risitas cuando los chicos se acercaran poco a poco a las chicas. Los dormidos roncarían suavemente. Yo me tendería con ellos en el suelo y les preguntaría si alguno sabía una nana. Sé que empezaría una chica y que otros la seguirían. Un chico podría decir: «Hombre, y si entrara ahora el director. Sí.» La nana sigue sonando como un murmullo por el aula. «Señor McCourt, ¿cuándo nos levantamos?» «Cierra el pico, hombre», le dicen, y él cierra el pico. Suena el timbre, y tardan en levantarse del suelo. Salen del aula, relajados y confusos. Por favor, no me pregunten por qué tendría una sesión como ésta. Debe de ser el espíritu inspirador.